



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9687

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 17 DE FEBRERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

NOVEDADES

EN EL

MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran apreciación.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar ó planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente.—Cocinas con horno muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estufas Chouberki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.
PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

SUBE LA MAREA.

Cuando nos disponíamos á continuar nuestra campaña en defensa de los astilleros del Estado, nos sorprende *La Correspondencia* con un artículo referente al asunto que venimos defendiendo y que por estar de acuerdo con lo que hemos dicho anteriormente, trasladamos íntegro á nuestras columnas.

En la firma del artículo se advierte á un diputado de la mayoría, paisano y amigo nuestro, representante en Cortes por el Ferrol y que no debe estar apasionado, pues si bien en su distrito hay enclavado un arsenal del Estado hay también un arsenal civil.

He aquí ahora el artículo:

«Por toda la prensa periódica viene circulando estos días la noticia de que en el ministerio de Marina están ultimados los trabajos para contratar la escuadrilla de cañoneros que para las necesidades de Ultramar van á construirse con los 35 millones de pesetas que, según la ley de escuadra, han de entregar los respectivos presupuestos de nuestras posesiones de allende los mares.

Con estos anuncios hánse despertado los intereses particulares, y el Sr. Ministro de Marina vese asediado todos los días por los representantes de esos intereses, que se agitan con verdadero frenesí para ver quién se lleva el gato al agua.

Nosotros hemos combatido las construcciones de grandes buques en los astilleros particulares, y seguiremos combatiéndolas mientras esos astilleros no se pongan en condiciones, marchando poco á poco, de construir con un tanto por ciento de sobreprecio que no sea muy gravoso para la nación: así es que hoy no atacamos en absoluto el que se de á la industria particular parte de esas construcciones, siempre que los que hagan proposiciones hayan cumplido bien y lealmente sus contratos anteriores con la marina ó ofrezcan garantías suficientes y verdaderas para que la nación no resulte chasqueada si los contratantes no cumplen sus compromisos cual deben.

Empezando por hacer barcos pequeños, es como podrá crearse la industria nacional de construcciones navales, mas sin atender á exigencias descabelladas ni dar las construcciones á los que no ofrezcan garantías más que en nombre, ó á los que hayan demostrado mala fé en el cumplimiento de contratos anteriores.

Pero si hay que atender á la industria particular, que á la marina más que á nadie interesa desarrollar, no debe olvidarse que hay una industria oficial en los arsenales del Estado, que lleva vida misera y arrastrada, teniendo elementos más que suficientes y competencia más que probada para desempeñar la misión que ahora hay que llevar á cabo.

Puede asegurarse, sin temor á ser desmentidos, que en los tres arsenales del Estado hay personal sobrante de obreros, por lo cual el trabajo se hace en condiciones onerosas para los intereses del erario

público, y que ese personal es inteligente y no puede despedirse, por más ilusiones que nos hagamos, porque los hechos demuestran con más claridad que nada, que en cuanto se trata de despedir un solo obrero de los arsenales del Estado, es tal la algarada que se arma y tal la presión que ejerce la opinión pública, que siempre, y hasta por consejo de las mismas autoridades civiles, se ha dejado sin efecto la medida.

Las contrucciones que se están llevando á cabo en nuestros tres arsenales del Estado van tocando á su término, los obreros de esos arsenales son buenos y no serán despedidos, la falta de trabajo se ha de venir encima más que á pasos agigantados, porque ya comienza á sentirse, y el ministro de Marina y el gobierno todo no pueden ni deben olvidar que en los arsenales oficiales se debe construir, y si no se construye, se debe tener el valor de despedir obreros y de concluir por cerrar aquellos establecimientos, si es que en ellos no se van á hacer más construcciones.

No nos dejemos llevar de sensiblerías y espejismos, que bien caros nos han costado; aprendamos con lo pasado con los astilleros del Nervión, demos á los arsenales oficiales la preferencia y aliéntese la industria particular con el resto; pero teniendo la garantía moral de anteriores contratos, cumplidos lealmente, ó garantía material suficiente para que no resulte una burla.

ORNOTOPS.

DESDE MADRID.

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.

Muy señor mío: ¿Que quieren ustedes, dinamita, Africa, suicidios, crisis? Tengo de todo.

Otra vez el arimen y el fanatismo, impulsados por el hambre, y mantenidos por el egoísmo de las clases superiores, que no son bastante buenas para ser caritativas, ni bastantes filósofas para

ser altruistas; ha dado pruebas en París de lo que hace el anarquismo, que en la práctica debe ahogarse con la fuerza y en la razón debe evitarse preveyendo.

La prensa diaria ha dado todo género de detalles; yo, consecuente con mi sistema, me propongo no dar ninguno: la prensa, el servicio que puede prestar á la sociedad frente al anarquismo, es hacer la conspiración del silencio. Hay muchos que buscan la notoriedad por este camino: yo no he de contribuir á dársela.

Lo de Africa, como ha sido una cosa torpemente hecha, no puede resultar bien: las cosas son malas por que no tienen buen arreglo, cuando pueden tenerlo dejan de ser malas.

Por eso con todo el deseo del Gobierno, con todo el patriotismo de Martínez Campos, con toda la hidalguía de la nación y con toda la bravura del Ejército, el sultán nos dará la menor cantidad de pesetas posible en un plazo muy largo; y al tiempo.

El Gobierno tiene un mismo modo de pensar; todos los Ministros piensan lo mismo, es decir, hay perfecta unanimidad de pareceres: todos piensan que no pueden aguantarse los unos á los otros. El Gobierno está unánime en que no puede continuar.

Yo, á la política le doy poca importancia; todo eso de definir actitudes y de que si el Santón de la Pantilla—vulgo Montero Rios—está ó no satisfecho; si á Gamazo le dan ó no el Gobernador de Santander, y si Romero publica ó no publica «El Nacional», me importa dos pepinos; pero la situación que se nos ofrece, el estado de los partidos monárquicos y republicanos, me inspira tristeza porque la desorganización es grande y porque vamos por un camino en que no va á haber más que revolución ó dictadura, y como no veo al Dictador ni al Revolucionario, me escamo—que decía Manuel del Palacio cuando éramos jóvenes.—

Afortunadamente el país se preocupa más que de política de cuestiones de industria. El Círculo de la Unión Industrial de Madrid, que se debe á la iniciativa de Vallejo, Clot y otros industriales, puede constituir un gran progreso para el país. Efectivamente, muy importante es el Comercio, pero la riqueza de los pueblos la produce la Industria, porque de la Industria todo queda en el país, mientras que el comercio especula con

los productos extranjeros. La intransigencia del Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, queriendo que las clases mercantiles se impongan á todas las demás, va á dar sus naturales frutos, y en muchas provincias se empieza á constituir círculos industriales.

No es la primera vez que lo digo; si nuestra situación financiera ha de arreglarse, precisa que el país se habitúe á consumir lo que produce y que dejemos de ser tributarios del extranjero, como lo estamos siendo desde los artículos de modas, hasta los específicos medicinales.

No sé por qué la prensa ha de hablar de los políticos y no ha de decir nada de los industriales á quienes el país apenas si conoce.

Los Gobiernos entenderán que no deben ocuparse de las gestiones que hacen los industriales; creerán que es más importante dar y quitar destinos, pero el tiempo se encargará de demostrarles que en la vida moderna el país que paga y que trabaja, es quien verdaderamente dirige la opinión pública.

Continúan los periódicos dando todos los días cuenta de uno ó dos suicidios. El estado pasional, como dicen los sabios, en que hoy se encuentra la humanidad, es verdaderamente espantoso; se ha perdido la fe y lo que antes se esperaba de la otra vida, se espera hoy de convertirse en lechuga, ó en langosta, según á lo que nos destine la eterna evolución de la materia.

No hace todavía muchos años, un suicidio conmovió la opinión; hoy nadie se preocupa. Que Fulano se ha pegado un tiro:

—Señal que no tenía asiento en el banquete de la vida—dicen los filántropos que comen en Fornos.

Los húngaros se ocupan de la literatura española, y entre las ilustraciones traducidas al alemán y al lado de Campoamor, Echegaray y Nuñez de Arce, publican á Urrecha. Vean ustedes lo que vale haber escrito unos cuantos artículos en un periódico de gran circulación. En España no hace las reputaciones el predicador, sino el púlpito.

Veo que hoy me dá por la literatura y voy á hablar dos palabras de «Nieves», admirablemente ejecutada por María Tubau y admirablemente escrita por Ceferino Palencia. La crítica no la ha tratado bien no por que la haya tratado

252 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

Heyward vio que efectivamente el joven indio se había tendido en la parte baja del cerro, sobre el césped, como el que quiere aprovechar los pocos momentos que puede dedicar al descanso. David había seguido su ejemplo, y la fatiga de una larga jornada sobreponiéndose al dolor de la herida, había dado lugar á que se quedara dormido, cosa que anunciaban ciertos sonidos menos armoniosos que su voz natural.

No queriendo prolongar una discusión inútil, el mayor aparentó ceder, y se sentó apoyando la espalda en los troncos de árboles que formaban las paredes del vetusto fuerte, si bien estaba decidido á no cerrar los ojos antes de poner en manos de Munro el precioso depósito de que estaba encargado. El cazador creyendo que se iba á dormir, no tardó en hacerlo á su vez, y un silencio tan profundo como la soledad en que se hallaban, reinó poco después alrededor de ellos.

Durante algun tiempo, consiguó Heyward impedir que sus ojos se cerraran, y prestaba atención al menor sonido que se percibía. Sin embargo, sus ojos se enturbiaban á medida que las sombras de la noche se hacían mas densas. Cuando las estrellas brillaron sobre su cabeza, distinguió aun á sus dos compañeros tendidos sobre el césped, y á Chingachgook de pie y tan inmóvil como el tronco de un árbol contra el que se apoyaba. Al fin, sus párpados entorpecidos forma-

EL ULTIMO MOHICANO.

253

ron como una cortina, á través de la cual le parecía ver brillar los astros de la noche. En este estado percibía aun la suave respiración de sus dos compañeras que dormían á algunos pasos detrás de él, el rumor de las hojas agitadas por el viento, y el lúgubre grito de un buho. Algunas veces, haciendo un esfuerzo para entreabrir los ojos, les fijaba un momento sobre un arbusto, y los cerraba involuntariamente, creyendo haber visto á su compañero de centinela. Bien pronto su cabeza se inclinó sobre el hombro, éste sintió la necesidad de ser sostenido por la tierra, y por fin se durmió profundamente, soñando que era un caballero de pasados siglos, y que velaba delante de la tienda de una princesa á la que había dado la libertad, y esperaba ganar su cariño con tales muestras de fidelidad y vigilancia.

Cuánto tiempo permaneció en aquel estado de insensibilidad, es lo que nunca supo; pero gozaba de un descanso tranquilo no turbado por ningún sueño, cuando lo sacó de él un golpecito dado en su hombro. Despertó sobresaltado al sentirlo, y se puso en pie inmediatamente, con un recuerdo confuso del deber que se había impuesto al principio de la noche.

—Quién vá? exclamó buscando su espada en el sitio en que acostumbraba á llevarla: amigo ó enemigo?

—Amigo, respondió Chingachgook en voz baja, y mostrándole con el dedo la reina de la noche que lan-

256 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

voz contenida por la prudencia, y la actitud que tomó Uncas seguidamente, por escuchar.

—Los Mohicanos sienten la proximidad de un enemigo, dijo el cazador, que hacia ya tiempo que estaba listo—el viento les hace percibir algún peligro.

—No lo quiera Dios! exclamó Heyward; bastante sangre se ha derramado.

Sin embargo al hablar así el mayor cogió su fusil, y se adelantó hasta la extremidad del cerro, dispuesto á expiar su pecado venial, sacrificando su vida si era necesario por la seguridad de sus compañeros.

—En algún animal del bosque que ronda buscando una presa, dijo en voz baja, cuando los sonidos todavía lejanos que habían herido los oídos de los Mohicanos llegaron hasta los suyos.

—Silencio! respondió el cazador, es el paso de un hombre; lo reconozco, por muy imperfectos que sean mis sentidos comparados con los de un indio. El infame Hurón que se nos escapó, habrá encontrado alguna avanzada de los salvajes del ejército de Montcalm; habrán hallado nuestra pista y la habrán seguido. No me importaría gran cosa de tener todavía otra vez que verter sangre humana en este sitio, añadió, echando una mirada inquieta sobre los objetos que le rodeaban: pero lo que ha de suceder sucederá. Huncas, llevad los caballos al fuerte, y vosotros amigos míos entrad también en él. Aunque viejo puede